

FRANCISCO VILLAESPESA

LUCHAS
CONFIDENCIAS

PRÓLOGO DE VARGAS VILA

1914



*et Rafael Can
sino, en Almería*

SEGUNDO VOLUMEN DE OBRAS COMPLETAS

Moreno

LUCHAS. — CONFIDENCIAS

(1897-1899)

HEMEROTECA PROVINCIAL
SOFIA MORENO GARRIDO
ALMERIA

OBRA COMPLETAS
DE
FRANCISCO VILLAESPESA

- I.—INTIMIDADES.—FLORES DE ALMENDRO.
II.—LUCHAS.—CONFIDENCIAS.
III.—LA COPA DEL REY DE THULE.—LA MUSA ENFERMA.
IV.—EL ALTO DE LOS BOHEMIOS.—RAPSDIAS.

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN II

FRANCISCO VILLAESPEA

LUCHAS.
CONFIDENCIAS

(1897-1899)

PRÓLOGO DE VARGAS VILA



MADRID
1916

R 185

HEMEROTECA PROVINCIAL
SOFIA MORENO GARRIDO
ALMERIA

ES PROPIEDAD

**IMPRESA DE M. GARCÍA Y O. SÁEZ
MESÓN DE PAÑOS, NÚMERO 8, BAJO**

PRÓLOGO

Lo que es á la prosa, de la España actual, aquel Mago del Verbo, admirable é inimitable, que es Valle-Inclán, lo es al Verso, este extraño y sugestivo Poeta, que es Francisco Villaespesa; un espíritu significativo de la raza, en el cual se hallan, mejor que en otro alguno, los vestigios y el determinismo de las épocas pasadas, pero no estancado y desdeñoso, como en los viejos clásicos, sino movimentado, actualizado, en un vuelo atrevido, para evadirse del sueño ancestral, pero impregnado siempre de un orientalismo morboso, lleno de perfumes de harén, y de las rosas penetrantes de los jardines del Generalife; pensamiento indiferente, si no hostil á las influencias de fuera, y siempre soñador, como un joven kaid, á la sombra de un rosal; porque la

Musa de Villaespesa no tiene peplum, como la de los jóvenes poetas pseudo-helenos, sino blancos velos de Sultana, que ocultan apenas á medias, los ojos tentadores de la huri; su poesia es revelatriz de un estado de alma soñador y plácido, con murmurios de un surtidor en un patio árabe y un meditativo claro-oscuro de ajimez.

Porque la Musa de Villaespesa es eso: oriental y clásica, con la plástica admirable de un espíritu móvil hasta lo infinito;

Villaespesa, no es un poeta orquestal y huracánico, á lo Hugo;

Su arte, aunque polifono y rico hasta la prodigalidad, lo es en colores y matices suaves, no en grandes ritmos timbálicos y asordadores: su caudal no es de Wagner, sino de Verdi;

El tecnicismo de su música verbal, exquisito y profundo, lleno de intensidades sonoras y apasionadas, lo hace un mágico de la sintaxis y un evocador de la sensibilidad, que nos hace sentir, por igual, la emoción artística de sus rimas y la emoción sensual de sus pasiones:

Porque es Villaespesa un emotivo exquisito é

intencionado, lleno de esa devorante sinceridad que hace á los grandes artistas mostrarse moralmente desnudos, á la sola luz ritual de su pensamiento;

No que Villaespesa sea un vesánico de esos atacados de psicopatía sexual, que nos dan en el desnudo de sus creaciones el olor y el horror de la carne en orgasmo;

No; la sensualidad de Villaespesa no viene de la expresión acre y brutal de la palabra; es una rara y exquisita voluptuosidad que se escapa, más de la música de la estrofa que del pensamiento del verso, lleno de una arcaica y delicada rareza;

Arcaica, más que clásica, se diría la Musa de Villaespesa, porque ella representa, como la prosa de Valle-Inclán, un regreso consciente y sabio hacia las fuentes luminosas y sonoras de la vieja poesía española, pero no para imitarla servilmente, como los poetas ó escritores sin genio, sino para rejuvenecerla y modernizarla con los elementos líricos y los ritmos nuevos, que el andar de los tiempos ha traído como sano cau-

dal, á la antigua métrica castellana, y de cuya alianza sutil viénele un nuevo esplendor, y una extraordinaria potencia de color y sonoridad;

Porque eso, y no otra cosa, ha sido el Modernismo, entre nosotros, iberos é iberos-americanos, un suave y disimulado regreso á las formas de verso de la ya olvidada métrica del siglo de oro; regreso espontáneo y por imposición de imperiosas evocaciones étnicas, en algunos, muy pocos, como en Villaespesa; inconsciente, mezclado de fiebre gálica, y con mucho de mixtificación en otros;

En el dominio de algunas de esas rimas de Villaespesa, ¿no os parece hallar mucho del preciosísimo ajejo de Juan y Jorge Manrique, de Juan de Encina, ó Padilla, el Cartujano?; vagas, muy vagas reminiscencias, pero ciertas son;

Y, en el dominio del endecasílabo, ese metro todo de gracia y armonía, metro italiano, traído á España como una cautiva galera de Venecia, por ese caballero de la rima, que fué Andrea Novagiera, y aceptado el primero por Boscan Almogaver, ¿no halláis en Villaespesa, el apro-

piado manejo, la gracia y la soltura con que manejáronlo luego aquellos grandes petrarquistas, que fueron Hurtado de Mendoza, Acuña y Cetina?

Y, en el «habitarnm di quoque silvas», el sabor de la égloga, de que habla Virgilio, ¿no lo sentís con un olor de miel, en todos los versos de Villaespesa, en que evoca el campo y sus paisajes, con tal pureza de contornos y tal idealismo geórgico, que recuerdan el de aquel gran guerrero, que era, sin embargo, como un pastor de Tíbulo, y que se llamó Garcilaso?

Leyendo nuestros más amanerados modernistas, ¿no se os vienen á la mente muchos cantares de viejos maestros, desde Cetina á Hurtado de Mendoza, de Garcilaso y Villalobos á Juan de Mena y Santa Teresa, pasando por el divino Herrera, aquél que fablaba perlas?

Si algo más que apuntes fuesen estas líneas, de este movimiento de regreso largamente hablara yo, y de estudiarlo habría con más cuidado y precisión;

Pero, notas al vuelo son éstas, notas en que

la erudición cansa y estorba, y, sólo el perfil del Poeta ha de salir apenas diseñado, de entre el tumulto de la prosa, concisa por deber, y concisa con dolor;

Fáltame el espacio, fáltame el tiempo, y, sólo algo breve, como un «point sec», puedo hacer, de los escritores y poetas, que juzgo, y cuyas lises y cuyas rosas, me plazco en deshojar;

De Villaespesa, decía, que la ciencia del efecto, la severa plenitud del vocablo rítmico, pocos como él la poseen, de tal modo, que se diría que una música verbal preside la armonía de las rimas y la virtuosidad sabia del vocablo;

Los ritmos habituales que en ciertos poetas preciosistas sirven como recurso á una técnica pobre, adquieren en Villaespesa una elegancia personal tan rara, que se dirían nuevos, tal es la fluidez, la sobriedad, el alto sentido artístico conque los maneja;

La crítica, incomprensiva de sí, no ha querido ver en Villaespesa el Poeta significativo que es, como no ha querido ver la verdadera transcendencia que tiene ese grupo aislado de nue-

vos poetas, que son los Machado, Jiménez, Díez Canedo, Zayas y Pujol; forman una fuerza nueva y han hecho cambiar de rumbo el pensamiento poético de España, grupo excelso, que aun siendo revolucionario, permanece clásico, clásico del siglo de oro, del cual es un rosal en retoño;

La España, que hace diez años no tenía nada digno de atención que ofrecer al espíritu inquieto de nuestra América, tiene hoy, ese grupo de poetas, que con el arte inimitable y la prosa única de Valle-Inclán, y, las gallardías artísticas de Manuel Bueno, marchan á la reconquista del pensamiento americano, y son dignos de elle;

Entretanto, vayan esos libros de Villaespesa á encantar las mentes americanas con la fascinación irresistible de sus tristezas, y, el perfume de perfección que se escapa de ellas, como de un rosal oculto, en el cual cantara un pájaro la orquestación invisible de sus poemas musicales, llenos de coloración y de armonía, cerca á las zarzas en flor de los cármenes de Granada;

Allá hay un grupo de almas llenas de sensibi-

lidad y de cultura estética, que sabrán recoger y admirar estas misteriosas canciones, que, subiendo de las profundidades aisladas del corazón de un Poeta, van á perfumar el nuevo mundo con el olor de la vieja encina lírica, la vieja encina española, súbitamente refloreceda y poblada de jilgueros;

Que cantan la vieja canción en ritmos nuevos.

VARGAS VILA.

LUCHAS

(1897-1899)

LA CANCIÓN DE MI MUSA

Á ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Yo soy de ese tropel de ruiseñores,
que en el dolor sus cánticos inspira;
¡rosal florido, de los vientos lira,
que á los golpes del hacha, sangra flores!

Mi corazón que hirieron los amores,
aun cuando herido está, de amor delira:
¡cántabro heroico que en la cruz expira,
dando al aire sus himnos triunfadores!

**Mi libro es áureo estuche cincelado,
donde encierro los cingulos de abrojos
que me ciñeron mis profundas penas...**

**Copa de oro y rubí, donde he escanciado
las lágrimas ardientes de mis ojos
y la pródiga sangre de mis venas!**

EL CAMINO

A MIGUEL EDUARDO PARDO

I

Empapada en sangre,
de abrojos cubierta,
bordeando abismos,
poblada de fieras,
de cuyas pupilas
las fosforescencias
como fuegos fatuos
en las sombras tiemblan,
por el monte arriba, como una serpiente,
se desliza fantástica senda.

La noche sus alas
de sombras perpetuas,
cual negro sudario
tendió sobre ella.

Los vientos la azotan;
la escarcha la hiela;
y sólo la alumbran rojizos relámpagos,
cuyas luces brillan entre las tinieblas,
cual hocas miradas
que despiden pupilas siniestras.

Cataratas de sangre y de llanto,
de las altas cimas despeñadas ruedan,
con roncros rumores de agónicos ayes,
hambrientos aullidos y horribles blasfemias.

Simbólicas cruces
en la sombra elevan
sus abiertos brazos,
á los cielos pidiendo clemencia;

y azotando el aire
con sus alas negras,
en torno, los cuervos, graznando gozosos,
en bandadas fatidicas vuelan.

Entre los clamores de la lucha, cantos,
carcajadas y besos resuenan...

Son las hadas madrinas del vicio,
las hermosas y ardientes sirenas,
que cual meretrices, en la sombra ocultas,
al viajero acechan;
y le brindan reposo en el lecho,
donde la bacante, desnuda y espléndida,
en los brazos lascivos del sátiro,
en espasmo sensual se revuelca,
hasta que rendida, jadeante, al beso
del goce saciado, los párpados cierra!...

II

.....
Empapada en llanto,
de abrojos cubierta,
llena de cadáveres,
poblada de fieras,
por el monte arriba, como una serpiente,
se desliza fantástica senda.

.....
Un débil viajero
con trémulos pasos camina por ella.

Los vientos le azotan;
le rondan los cuervos, la escarcha le hiela;

y sus ilusiones y sus esperanzas,
todo lo que al alma nostálgica alegra,
en sangrientos y rotos jirones,
para siempre deja,
del abrupto camino en las zarzas,
ó en los brazos de ingratas sirenas...
Pero ni la ronca tempestad le asusta,
ni le espanta el rugir de las fieras...

Y orgulloso, altivo,
cubierto de sangre, con la faz serena,
sin temor asciende,
lanzando á los aires la canción eterna...
¡Porque ha visto brillar en la cumbre
el fulgor inmortal de una estrella!

.....
¡Ese débil viajero es mi alma,
y esa senda tan triste es mi senda!

¡ADELANTE!**Á BERNARDO G. DE CANDAMO**

¿Qué te detiene, luchador? ¡Avanza!
¡Avanza sin cesar!
¡Mientras tu pecho abrigue una esperanza
no debes desmayar!

Esos que hoy, en mitad de tu camino,
atacándote ves,
mañana, como triunfe tu destino,
de rodillas caerán ante tus pies.

Antes de entrar en lid, tu vuelo ensaya,
y prueba su vigor...
¡Para escalar con triunfo el Himalaya,
se necesitan alas de condor!

Si las tienes, la ciega muchedumbre
en vano se opondrá...
¡Quieran ó no, la nieve de la cumbre
tus pies alfombrará!

No te canse lo largo del Calvario,
ni te arredren los golpes del dolor...
¡Para que brote el fruto, es necesario,
que se agoste la flor!

¡El pesar ennoblece! Mas fulgores
da en la sombra la luz...
Tiberio expira en tálamo de flores,
y Cristo muere en afrentosa cruz!

No escuches, no, la voz de tu marasmo,
y hasta la cumbre ve...

No hay espada mejor que el entusiasmo,
ni armadura más firme que la fe!

Contesta de la envidia á los rencores
con un himno inmortal...

Los golpes el rosal paga con flores...
¡Sé tú como el rosal!

De la contraria suerte á los embates
no temas perecer...

¡De la vida en los trágicos combates,
es tan noble morir como vencer!

PASIONARIA

Á RUBÉN DARÍO

I

Con la cruz á cuestas
como un Nazareno,
subí la pendiente... Con groseras burlas
me insultaba el pueblo.

Pero yo, impasible,
seguí mi sendero,
con la risa del héroe en los labios,
la frente muy alta, mirando á los cielos!

Mi mejor amigo,
nuevo Cirineo,

en vez de ayudarme, riéndose hipócrita,
en mi cruz apoyaba su cuerpo.

Un coro de hermosas y púdicas vírgenes,
vestidas de blanco, flotante el cabello,
nuevos Judas, besaron mi rostro;
y de pálidas rosas ciñeron
mi soberbia frente, rígida y helada
como la de un muerto!

Mas las rosas espinas tenían;
las espinas mis sienes hirieron;
y la sangre regó mi camino,
por mi faz, gota á gota, corriendo...

Rióse la plebe;
las blancas deidades también se rieron;
y entre lluvias de piedras y dardos,
con mi cruz al hombro rodé por el suelo.

Pero me alcé altivo,
y mi larga senda recorrí de nuevo,
con la risa del héroe en los labios,
la frente muy alta, mirando á los cielos!

II

La tarde moría;
el sol ocultaba sus tristes reflejos;
y legiones de nubes siniestras
el aire cruzaban con tímido vuelo,
cual tropel fantástico
de gigantes y lúgubres cuervos.

.....

¡Abajo?... La plebe sedienta de sangre!
¡Arriba?... La Sombra... La Nada.. El Misterio
con el índice puesto en los labios,
imponiendo á las almas silencio!

Cansado y sin fuerzas,
de sudor y de saugre cubierto,
ascendí hasta la cumbre del monte.

Mis verdugos llagaron mi cuerpo...
De la befa en la cruz me clavaron,
¡y en aplausos las turbas rompieron!

.....

De dolor heridos
temblaron mis huesos...
Doblé la cabeza, se nubló mi vista,
y lloré un momento...

Pero en un arranque de soberbia, el alma
enjugó mis ojos,
y quedé de nuevo,
con la risa del héroe en los labios,
la frente muy alta, mirando á los cielos!

III

Tuve sed... ¡Mis lágrimas
á beber me dieron!...

Su lanza la envidia
sepultó en mi pecho!

.....

La noche avanzaba... Bramó la tormenta;
rugieron los truenos;
y á mi frente altiva le ciñó el relámpago
su brillante aureola de fuego.

Se alejaron, cantando, las turbas;
estertor de muerte recorrió mi cuerpo,

y expiró mi alma,
igual que expiraron los titanes griegos,
con la risa del héroe en los labios,
la frente muy alta, mirando á los cielos!

IV

La piedad de un rayo,
con su cris de fuego,
de la cruz bendita
descolgó mi cuerpo...

Obscuro sudario me prestó la sombra,
sepultura el abismo en su seno;
y en los negros brazos de la noche eterna
descendí á la mansión de los muertos,
con la risa del héroe en los labios,
la frente muy alta, mirando á los cielos!

V

A extraños impulsos
me alcé de mi tumba... ¡Salté de mi lecho!...

En las cumbres brillaba la aurora;
y sus rayos dorados y trémulos,
penetrando á través de mis rejas,
mi cuarto inundaban en olas de fuego.

Cantaba la alondra
sobre los floridos rosales del huerto.

.....
Abri los balcones, y la pasionaria
prendida á sus hierros,

témbló, derramando
de sus blancos capullos abiertos,
áurea lluvia de perlas ó lágrimas.

.....

Evoqué el pasado, recordé mi sueño;
y quedé un instante
del balcón apoyado en los hierros,
con la risa del héroe en los labios,
la frente muy alta, mirando á los cielos!

SONETOS

A DON VÍCTOR BALAGUER

LA MUERTE DE LUCANO

A sufrir el suplicio que eligiera,
después de estoico y detenido examen,
marcha el bardo que en público certamen
al regio numen de Nerón venciera.

Tranquilo el beso de la muerte espera,
sin que sus ojos su dolor proclamen,
ni una indiscreta lágrima derramen
sobre el agua que cubre la bañera.

Despreciando la envidia del tirano,
é insensible á su misma desventura,
hiere sus venas con su propia mano!...

Correr su sangre indiferente mira,
brillante copa de Falerno apura,
y recitando su Farsalia, expira!

¡SEMPER!

Sobre el carro de luz de la victoria,
envuelta en regia púrpura, te miro
cruzar en raudos y deslumbrante giro,
por el bélico campo de mi historia.

Tú eres mi dios; tu altar es mi memoria,
jante él, de hinojos, sin cesar delirar,
y son mis versos, si en tu amor me inspiro,
áureas campanas repicando á gloria!

Como en tu sér mi inspiración se encierra,
no temas al olvido. Altiva goza
el perenne verdor de tus laureles...

Que eternamente cruzarás la tierra,
mi corazón llevando por carroza,
y mis fogosos versos por corceles!

SIMBÓLICA

Sobre el terso cristal de la laguna,
nuestra velera nave parecía
cisne, que, aleteando, recibía
los luminosos besos de la Luna.

Suspiraban las brisas; la Fortuna
cantando amores, el timón regía,
y tranquilo en tus brazos me dormía
como de niño en la materna cuna.

Mas estalló la tempestad... Llorando,
— ¡Déjame en la ribera! — me dijiste...
Desde entonces voy solo navegando.

Y cuando el rayo en el espacio brilla,
siempre te miro arrodillada y triste,
rogando á Dios por mí... ¡desde la orilla!

NOCTURNO

Si oyes en sueños plácidos rumores,
no es la alondra que fiel saluda al día,
¡es el último beso que te envía
mi pobre corazón, muerto de amores!

Si llegan hasta ti gratos olores,
no son brisas del campo, ¡es que tardía
te manda, en un suspiro, el alma mía,
el último perfume de sus flores!

Si ahuyentando tu sueño, de repente
el rumor de unos pasos te despierta,
no es tu ángel bueno, que á besar tu frente,

entre las sombras, con sigilo avanza...
¡Son mis celos!... ¡Otelo que está alerta,
esgrimiendo el puñal de la venganza!

RECÓNDITA

¡Corazón! ¿Qué te pasa? Cada día
que transcurre, contemplo con espanto
que se agotan las fuentes de tu llanto,
y hasta el volcán de tu pasión se enfría.

Ni te alegra el amor; ni tu energía
se despierta á los golpes del quebranto,
¡y es que has gozado y padecido tanto,
que ya el dolor, como el placer, te hastía!

Nadie te anima, y nada te conmueve,
y despreciando á quien te ofrece abrigo,
sepulcro buscas en tu propia nieve...

¡Vuelve á inspirar de nuevo mis canciones!...
Mi única musa, mi mejor amigo,
¡en plena juventud no me abandones!

PRIMAVERA

De flores se cubrieron tus rosales;
zumba la abeja en las abiertas pomas,
y celosas se arrullan las palomas,
volando en los floridos naranjales.

El arroyo nos brinda sus raudales,
frescura el aire y el jardín aromas;
y son, al pie de las vecinas lomas,
alfombras de esmeraldas los trigales.

¡Todo vuelve! Cantó la golondrina
en tu ventana, y en el bosque trina
el ruiseñor... Con el cabello suelto,

cogiendo flores, cruzas la ribera...

Sólo tu amor al corazón no ha vuelto...

¡Para mi corazón no hay Primavera!

L O N T A N A N Z A S

De la vida en las locas bacanales,
de alegres entusiasmos hice gala,
y hoy mi tristeza, en lúgubre, se iguala
á estas brumosas tardes invernales.

Ya ni me cuido de mis propios males;
y hasta ese llanto, que tu amor exhala,
por mi insensible corazón resbala
lo mismo que la lluvia en tus cristales.

Al mirarme tan solo, tristemente,
de hinojos grito, con el alma entera,
al ver que me abandonan en la lucha,

á la Esperanza que se va: — ¡Detente!
y al Entusiasmo que se aleja: — ¡Espera!...
¡Pero ninguno de los dos me escucha!

N I H I L

Á ENRIQUE REDEL

Reinaban las sombras
en el camposanto.

En la tierra se abrían las flores
y en el cielo temblaban los astros.

En las negras cruces
de los mausoleos y los campanarios,
lanzaban los buhos
sus medrosos y fúnebres cantos.

Al pie de una tumba, cubierta de sauces,
danzaban las luces de los fuegos fatuos;
y en la fosa común, escondido
entre flores sangrientas, un cráneo,
á la luz de la Luna brillaba
cual bruñido joyel de alabastro.

Entre escombros de viejas ciudades
y ruinosos y antiguos palacios,
estaba la Muerte
una tumba sin fondo cavando...

Y á compás de sus himnos triunfales,
el Orgullo Humano,
cincelaba la estatua de un héroe,
en un bloque de mármol de Pharos.

Al Orgullo le dijo la Muerte:
— ¡Descansa ya, hermano...
Abandona el cincel, y reposa!...

¡No sigas luchando,
que nunca tu numen podrá infundir vida
al alma de piedra que duerme en el mármol!

De tus grandes creaciones, ¿qué resta?
¿En qué cielo fulguran tus astros?...
¡De la nada sin vida surgieron,
y a la nada sin vida tornaron!

De todos tus héroes,
de todos tus sabios,
apenas si caben los póstumos restos
en el hueco que forma mi mano!

¡Dura más que el fulgor de tus Dioses
la luz del relámpago!... —

Se calló la Muerte... Por entre las tumbas
se alejó riendo; y el Orgullo Humano,
se encogió de hombros, y al son de sus himnos,

siguió cincelando
la escultura de un Dios, en un bloque
de mármol de Pharos!...

Desde aquella escena,
siempre que se miran los dos frente á frente,
soberbia la Muerte, ríese del Orgullo,
y altivo el Orgullo desprecia á la Muerte!

ORGULLO

¡En vano detenerme tu amor intenta!
Mi ambición generosa tu voz no escucha...
¡Como hay aves que cantan en la tormenta,
hay almas que nacieron para la lucha!

Deja que vuele libre mi loco anhelo
y prenderlo no intentes entre tus galas.
Las alas, aunque rotas, exigen vuelo...
¡Y yo siento que en mi alma también hay alas!

Deja que enamorado de la victoria
por ella en el combate luche atrevido,
¡que ascienda con mis ansias hasta la gloria
ó ruede con mis penas en el olvido!

No te inquiete mirarme postrado y preso
en las duras cadenas de mis pasiones...
¡Del cubil de mis vicios yo saldré ileso,
como Daniel del antro de los leones!

Nada exijo á tus gracias ni á tu hermosura.
El planeta del astro las luces copia...
La estrella, por sí misma, brilla en la altura!...
¡Es estrella mi numen!... ¡Tiene luz propia!

Al rencor del contrario piedad no imploro!
Deja que me corone con sus desdenes...
Cualquier monarca ciñe tiara de oro...
¡Tan sólo Dios de espinas ornó sus sienes!

No importa que la envidia siga mi huella.
Mis méritos no empañan mis detractores...
¡Podrá la obscura nube velar la estrella,
pero apagar no logra sus resplandores!

¡Mi pedestal los Zoilos están labrando!...
Su crítica sangrienta ya no me abruma...
¡Aunque altivas las olas se alcen bramando,
sobre sus turbias crestas brilla la espuma!

Deja, deja, que siembren de punzadores
abrojos, el camino de mis laureles...
¡El valor las espinas convierte en flores,
cual la abeja el romero transforma en mieles!

Sin miedo á sus ataques sigo mi ruta,
pues tiene más dulzuras y más fragancia
la copa en que la envidia vierte cicuta
que en la que el servilismo su vino escancia!

No siento que me hieran en la pelea!...
El golpe del acero siempre es fecundo!...
¡Cada gota de sangre guarda una idea,
y cada idea es germen de un nuevo mundo!

La envidia del contrario mi nombre aclama...
Surgen las mariposas de los gusanos...
¡Brotará de sus odios mi propia fama,
como el loto del fango de los pantanos!

Tu amor es mi divisa. Por él resuelto
lucharé en el combate como una fiera,
y si caigo vencido, moriré envuelto
en los gloriosos pliegues de mi bandera.

¡Que me ataquen los viles!... No son nocivas
para el alma del fuerte tan necias mofas...
¡Yo apagaré el murmullo de sus diatribas
con la salva de aplausos de mis estrofas!

BOHEMIA

Á ADOLFO LUNA

De una taberna en el rincón obscuro
una noche de invierno,
en torno de una mesa, discutíamos
unos cuantos bohemios.

Flotando en el ambiente, del tabaco
en la humareda envuelto,
el dolor escanciaba en nuestras almas
el champagne de los lóbregos ensueños.

Y volando, cual negra mariposa,
de cerebro en cerebro,
la neurosis fatídica extendía
sus membranosas alas de murciélago.

Hablábamos de lúgubres presagios
y fúnebres proyectos.

Salvador, el artista luminoso,
el de numen espléndido;
cantor de las lascivas bacanales,
de los azules cielos,
del sol, de los jardines florecientes,
y los nupciales lechos
con doseles de rosas y jazmines,
donde el amante trémulo
de la virgen deshoja los claveles
y rasga el niveo velo...

El poeta elegante; el que ha encerrado
en sus sonoros versos
la luz de las pupilas de su amada
y el ritmo tembloroso de sus besos:

— Yo — nos dijo — quisiera que la muerte
me sorprendiese, ebrio

de amor y de champaña, de mi virgen
reclinado en el seno,
para tener como sudario digno
de amortajar mi cuerpo,
la luminosa túnica de oro
que forman destrenzados sus cabellos! —

Rafael, el poeta del trabajo,
el Homero del pueblo,
Juvenal implacable de los déspotas,
y Amadís esforzado del progreso;

el que en estrofas que sangrientas brillan
igual que en el combate los aceros,
hizo del menestral un sacerdote
y del taller un templo,

exclamó con voz ronca: — Desearia
sucumbir en la brecha, defendiendo
al débil contra el fuerte, y contra el déspota
al oprimido pueblo!

— ¡Morir como un monarca, de mi sangre
en la púrpura envuelto!

Y Ricardo, el poeta de neurótico
y enfermizo cerebro;
el hipocondríaco de las rimas,
el cantor de lo tétrico,
de las tardes de Otoño, y de las tumbas
de viejo cementerio,
nos dijo, acariciando á un terranova,
su único inseparable compañero:

— Yo quisiera morir como he vivido.
Solo, en mi humilde lecho,
contemplando el retrato de mi madre,
y acariciando trémulo,
en vez de ensortijadas cabelleras,
las sucias lanas de mi viejo perro! —

— ¿Y tú? — me preguntaron —. Y yo, inmóvil,
permanecí en silencio,

contemplando las vírgenes desnudas
de los frescos del techo,
que, ocultas entre el humo del tabaco,
mostraban silenciosas, sonriendo,
las muertas esmeraldas de sus ojos
y las marchitas rosas de sus senos.

Callamos, y seguimos apurando
el opio del ajenjo,
hasta que al fin, de codos en la mesa,
nos quedamos durmiendo.

.....
Soñé... Como anhelaban mis amigos
en la lid sucumbieron.

.....
¡Cuánta gente cruzaba por las calles!...
¡Qué solo iba el entierro!

¡Ni una virgen siquiera acompañaba
al funerario séquito,
formado de amarguras y pesares,
de burlas y desprecios!

Sólo detrás, aullando, le seguía
el vagabundo perro!

.....

De pronto abrí los ojos, y dormidos
hallé á mis compañeros;
yo no sé si borrachos de amargura
ó embriagados de ajeno.

Y entrando por la abierta cristalera,
un gran rayo de sol, con sus reflejos,
como nimbos de oro, coronaba
la cabeza del perro,
que, tendido á las plantas de su amo,
diligente velaba nuestro sueño!

PINDARICA

Á SALVADOR RUEDA

¡Rompe el silencio! Sin temor levanta
tu frente, donde el genio centellea,
y en medio de esta apocalipsis canta,
y luz de aurora tu canturía sea!

Al ver las leyes de tu patria rotas,
estalla en himnos, de entusiasmo lleno,
y da á sus áureas y valientes notas
la luz del rayo y el rugir del trueno.

Desprecia del placer las seducciones,
pulsas la lira y contra el vicio clama...
¡Te llaman con sus voces los cañones!...
¡La dinamita con su voz te llama!

Ve el vuelo del progreso detenido
por reaccionarias y opresoras leyes;
el porvenir del pueblo sometido
á los caprichos de ambiciosos reyes;

del hogar profanada la pureza;
del interés la muchedumbre esclava,
y en el altar, caída la cabeza,
Cristo, que nunca de expirar acaba!...

La antigua Esparta se trocó en Sodoma.
Ve el despotismo que á la patria abruma,
y en medio de esta decadente Roma
muestra el valor de Tácito tu plumal

Sé cual Jesús que al mercader azota;
David que hiere á Goliat triunfante!...
¡Al mismo tiempo, látigo y picota!...
¡Al mismo tiempo, Juvenal y Dante!

Y si es preciso combatir con bríos
á esa reacción que á nuestra patria inunda...
¡Corra la sangre generosa á ríos!...
¡La sangre de los mártires, fecunda!

Eres Titán, pues en la lucha inquieta,
para alentar la multitud airada,
la sacra lira en manos de un poeta
es mucho más temible que una espada!

Derrumba el templo de los dioses falsos,
sin temer de la envidia los enconos...
¡Como hay tronos más altos que cadalsos,
hay cadalsos más altos que los tronos!

¡Rompe el silencio! Sin temor levanta
tu frente, donde el genio centellea,
y en medio de esta apocalipsis canta,
y luz de aurora tu canturía sea!

SOLEDADES

Á MI CONCIENCIA

Yo te miro en mis horas de fiebre
y en mis téticas noches de insomnio,
silenciosa, acercarte á mi lecho,
á enjugar con tus labios mis ojos.

En tu seno reclinas mi frente,
y en tus brazos me duermo dichoso,
como el niño en la cuna, escuchando
tus cantos que enervan lo mismo que el opio.

En el recio combate, si dudo,
ó si herido á traición me desplomo,

tú, acudiendo en mi auxilio, me alzas;
en tus brazos me ofreces apoyo;
con tus dedos restañas mi herida
y me infundes valor con tu arrojo.

Hasta en esas horas,
cuando altivo y loco,
para ahogar mi dolor, á mi cuerpo
en los brazos del vicio abandono,
yo te he visto, de pie junto al tálamo
donde mercenarios paroxismos compro,
de vergüenza llorar, escondiendo
en tus blancas manos tu pálido rostro!

En cambio, si triunfo del mal y mi frente
de sangrientos laureles coronó,
la primera sonrisa es la tuya
y tu aplauso el primero que oigo!

En mis soledades á mi pluma guías;
con tus besos acallas mis odios,

y al roce suave de tus áureas alas
mis versos se llenan de chispas de oro...

.....

Sigue, casta virgen, en pos de mis pasos!...
¡Que nunca me falte tu místico apoyo!...
¡Que no deje nunca de verte en mi lecho,
suspirando en mis noches de orgía
y llorando á la par cuando lloro!

.....

¡Sigue, casta virgen, dejando en mis versos
de tus alas las chispas de oro!

CONFIDENCIAS

(1887-1899)

OFRENDA

Hoy entre tus manos pongo enamorado
el devocionario de nuestros amores...
Sus raras mayúsculas de arcaicas labores
un monje, en las sombras del claustro, ha miniado.

Oirás las rapsodias del amor pasado;
canciones y versos de tiempos mejores;
risas y suspiros, y hasta los rumberos
de todos los besos que en sueños te he dado...

Todas las tristezas de mi vida loca;
trovas que no ha dicho mi boca á tu boca;
extrañas nostalgias de vagos países...

¡Cuidad este libro, manos adoradas!...
¡Oh, heráldicas manos de marfil, sembradas
de azules miosotis y cándidos lises!

TARDE DE OTOÑO

I

Ya llegó el Otoño;
la estación de las vagas leyendas,
del castillo ruinoso y sombrío,
de los rancos mares y las mudas selvas;
de la virgen que muere de amores,
y las húmedas tumbas desiertas
sobre cuyas cruces, los desnudos sauces,
con medroso rumor cabecean!...

La tarde naufraga
en un mar de infinitas tristezas...

En el prado desnudo, del río
por las solitarias mudas arboledas,
su sudario de sombras flotantes
estienen las nieblas,
y la lluvia, entre nubes, desata
sus collares de rítmicas perlas!...

Al caer, resbalan por las mustias hojas;
del rosal en los cálices tiemblan;
y humedecen el albo plumaje
de las blancas palomas, que inquietas,
en los altos aleros se arrullan,
arrastrando sus alas de seda...

En las frondas suspiran los vientos
y en la playa las olas se quejan...

¡El paisaje es tan gris y sombrío,
que parece que el cielo y la tierra,
conocen mis ansias
y lloran mis penas!...

II

Ya llegó el Otoño...

Como un ¡ay! de amargura resuena
en los secos troncos, el golpe del hacha...

Las tumbas desiertas
que no tienen ojos que amantes las rieguen,
el llanto del cielo, la lluvia, las riega!

Sobre el verde lago, cual vapor de lágrimas,
flotan las neblinas, y revolotean
cual medrosos fantasmas, los buitres
y los cuervos que aguardan su presa!...

En torno á las vigas del patio morisco,
de donde su nido solitario cuelga,
una golondrina
silenciosa vuela...

Y aunque sueña con cielos azules
y verdes campiñas y auroras espléndidas,
huir de su cuna
le causa tal pena,
que sus alas de luz y de sombra,
temerosas se agitan y tiemblan;
y por el espacio, que ensombra las nubes,
tal vez para siempre, llorando se aleja!...

¡Santas esperanzas, nostálgicos sueños,
ilusiones brillantes y trémulas,
que dejáis vuestro nido en el alma
al ver que se cubre mi cielo de nieblas;
y soñando inmortales amores
estendéis vuestras alas ligeras,

tras las brumas de Otoño, buscando
el fulgór de lejanas estrellas...

¡Golondrinas de amor sois vosotras!...
Lo mismo que elías,
os marcháis para siempre, llorando
al dejar vuestra cuna desierta!...

¡Id con Dios, mensajeras divinas
de amantes promesas!...

Os marcháis á anidar á otras almas,
y al perderos de vista, en las nieblas
que envuelven el cielo, suspiran mis labios
y mis ojos en llanto se anegan!...

III

Ya llegó el Otoño...

Enlutada la tarde se acerca...

En el mustio rosal que se enlaza
como sierpe amarilla á mis rejas,
una tísica rosa de nieve
al final de una rama blanquea...

Cuando el beso del aire ó la lluvia
á su tallo, al pasar, balancea,
se doblega agobiado su cáliz
y sus húmedos pétalos tiemblan...

¡Y parece que al verse tan sola
se deshoja, llorando de pena!

¡Oh, pálida rosa!... Tal vez esos pétalos
que hoy mis labios besan,
cuando surja la Aurora de nuevo,
entre mustio tropel de hojas secas,
hollará el pasajero que cruce
esos mudos campos y esas tristes sendas!...

¡Oh, mi virgen!... La pálida musa
que inspira mis cantos y sigue mis huellas;
el cálido nido
de mis ilusiones y de mis quimeras;
la última rosa
que al rosar de mis sueños le queda!...

¡Quizás, cuando un día
en tu busca vuelva,
de ese cuerpo que apaga mis fiebres,
de ese alma que calma mis penas,

sólo queden puñados de huesos
que pudra la tierra,
y un espíritu errante que flote
de las tardes de Otoño en las nieblas!...

Ya llegó el Otoño;
la estación de las vagas leyendas,
del castillo ruinoso y sombrío,
de los roncros mares y las mudas selvas;
de la virgen que muere de amores,
y las húmedas tumbas desiertas,
sobre cuyas cruces, los desnudos sauces,
con medroso rumor cabecean!...

ANGELUS

La tarde lenta declina
ensombreciendo el paisaje.

En el balcón, á los vientos
se deshojan los rosales...

La luz se va, ensangrentando
de púrpura los cristales,
donde la enferma, que siente
cómo se hiela su sangre,
con la frente entre las manos,
inmóvil y muda yace!

Está lívida. Sus manos
son dos rosas otoñales;
en el cielo de sus ojos
la vida empieza á apagarse,
y entre sus largos cabellos,
sobre la espalda flotantes,
tiembla, en un adiós de oro,
el tibio sol de la tarde.

— En qué piensas?

— En las rosas

que se deshojan al aire;
en la luz que se disipa;
y en las campanas que tañen
por algo que en mí comienza
hoja á hoja, á deshojarse,
como una rosa tardía
en los silencios del parque!

— Vendrá la dicha...

— No viene!...

Lo que yo espero, ya sabes
que nadie puede traérmelo
si la muerte no lo trae...

— ¿Qué anhelas?... Amores, besos,
placeres, glorias?...

— No, cállate!

Nada anhela esta tristeza
misteriosa é incurable,
porque sabe que en el mundo
todo es polvo y todo es aire...

— Te daré anillos de oro
para tus dedos exangues;
diademas para tu frente,
y para el cuello, collares...

— A mis dedos los anillos
agobian, y los collares
son serpientes que se enroscan
á mi cuello... ¡Dame, dame

en lugar de esos tesoros,
nueva vida y nueva sangre!...

Has que el sol de nuevo salga
á iluminar el paisaje;
que los árboles verdeen,
que florezcan los rosales,
y que un incendio de oro
brille alegre en los cristales...

Lo demás, de qué me sirve?...
La vida es triste... No vale
ni los besos que me diste
ni las penas que pasaste!...

Siento que algo se deshoja
en mi alma y en mi carne...

¿Se irá á deshojar mi vida
como esos mustios rosales?... —

Vuelve á tañer la campana;
se va esfumando el paisaje;
y agitando su incensario,
cuyos vapores flotantes
dan á la tierra un perfume
de tristezas otoñales,
en un vuelo de oro y púrpura,
al cielo se eleva el Angel!...

ROMANTICA

Bajo las tinieblas de tus negros rizos
desfallecen de amor tus miradas,
cual la trémula luz que agoniza
en la etrusca lámpara
que alumbra la alcoba, donde te sorprenden
embebida en lecturas románticas,
con sus llantos de sangre la tarde
y con risas de luz la mañana!

Y son tus mejillas
sedosas, tan pálidas

como las del Cristo de marfil que vela
tus pudores de virgen cristiana,
en la cabecera del lecho de sándalo,
donde en noches de ardientes nostalgias,
te agitas convulsa como una pantera
que en celada se estira en su jaula!

Tus labios son pálidos como esas camelias
que en tu triunfo de fiestas mundanas,
entre los encajes que velan tus senos
tiemblan cual fulgentes estrellas de plata.

Y tu risa recuerda las notas
que escuchas, de codos puesta en la ventana,
cuando las primeras lluvias otoñales
sus collares de perlas desatan
sobre el valle, que cubren las nieblas,
igual que los sueños invaden tu alma!

¿Qué te pasa, mi bien? ¿Por qué inclinas
la frente y se cubren tus ojos de lágrimas?

¿Por qué en la alta noche te apoyas inmóvil
del balcón en las áureas barandas,
y fija en la luna
te quedas extática?

¿Por qué te sorprende la luz del crepúsculo
ó te besan los rayos del alba,
consultando amores á las margaritas,
en un banco del parque sentada?

Yo sé que tú sientes
imposibles ansias;
y que soñadora
entre las tinieblas, como una sonámbula,
caminas buscando los cielos soñados
en tus horas de ardientes nostalgias...

Yo sé que en las noches de insomnio, la fiebre
arde en tus entrañas,

corre por tus venas y relampaguea
á través de tus negras pestañas...

¡Oh, almas tristes, neuróticas vírgenes;
mariposas que queman sus alas
en la fúlgida luz del ensueño
que fulgura en el fondo del alma;
sensitivas que cierran sus cálices
al contacto de manos profanas!...

¡Yo os venero, fantástica ronda
de tristes nostálgicas,
que marcháis del abismo hasta el fondo,
como Ofelia, tejiendo guirnaldas;
y cantando el amor que os condena
y besando el acero que os mata!...

Yo os venero!... Lleváis en la frente
el nimbo de oro que ciñen las santas,
en los labios sonrisas de mártires
y en los ojos anuncios de albas!...

¡Tú, mi pálida musa, la virgen
de negros cabellos y obscuras miradas,
que das luz á mis hoscas tinieblas
y perfumes de paz á mi alma!...

En tus horas de ardientes insomnios,
en tus noches de lúbricas ansias,
cuando tiemblan y saltan tus pechos
cual palomas blancas,
que al juntar en un beso los picos
ahuecan las plumas y agitan las alas,
¡yo quisiera tenerte en mis brazos,
y enjugar con mis besos tus lágrimas!

A LA LUZ DE LA LAMPARA

Ya en el ángulo obscuro de los viejos
salones señoriales, no se apaga
entre un rumor de encajes y de sedas
el oro musical de tus palabras..

Ni el verdoso y polvoriento fondo
de las antiguas lunas venecianas,
en un divino éxtasis se esfuma
la blanca unción de tu perfil de santa.

Desde las sendas húmedas no advierte
el caminante que en la noche pasa,
brillar como una estrella entre las sombras,
la luminosa paz de nuestra lámpara.

Por los largos y estrechos corredores
se pierden, sin un eco, mis pisadas...

Los cortinajes rotos; los espejos
empañados; las flores deshojadas;
una cinta de seda sobre un libro
señalando á mis ojos una página
inolvidable; la sonata abierta
sobre las viejas teclas empolvadas;
evocan á mis labios febricientes
las suavidades de tus manos blancas!...

Todo está silencioso, todo duerme
el sueño de las cosas olvidadas,
y me parece que tu ausencia llora
y que en silencio tu regreso aguarda!

En el tic-tac del péndulo, palpita
el corazón dormido de la casa...

La lluvia, al resbalar, finge una mano
que á los cristales temerosa llama...
Las puertas del hogar crujen. Rechinan
las viejas cerraduras oxidadas,
cual si saltar quisieran, al empuje
de alguien que quiere, para entrar, forzarlas!

MI SUEÑO

¡Una casa en el campo, alma mía,
una casa en el campo que sea
como un nido silvestre de tórtolas
medio oculto en la verde arboleda!...

Con ventanas abiertas al cielo,
de jazmines y nardos cubiertas,
donde tú por las tardes te sientes
á bordar tus ensueños de seda,
mientras yo, dulcemente, en voz alta,
reclinado en tu falda, te lea

las canciones más hondas y tristes
de mis tristes y amados poetas:
los liêders dolorosos de Heine,
de Musset las nocturnas quimeras,
de Leopardi la inmensa amargura
y de Bécquer las dulces tristezas!

¡Una casa en el campo, alma mía,
una casa en el campo que sea
como un nido silvestre de tórtolas
medio oculto en la verde arboleda!

Con sus salas de antiguos espejos
perfumadas de frescas violetas,
donde en largas veladas lluviosas
tú les hagas llorar á las teclas,
de Beethoven la inmensa poesía,
de Mendelsshon las vagas tristezas,
y del pobre Chopín y de Schubert
melancólica música enferma!...

¡Una casa en el campo, alma mía,
una casa en el campo que sea
como un nido silvestre de tórtolas
medio oculto en la verde arboleda!...

Con arroyos que bajen cantando,
salpicando de espumas la puertas,
que en las cálidas tardes de estío
con sus frescas canciones nos duerman!...

Con jardines de rosas y fuentes,
avenidas de acacias cubiertas,
que á la luz de la luna crucemos
como sombras de antiguas leyendas;
y con bancos musgosos, adonde
al besar tu faz pálida, vea
como en una laguna muy honda,
en tus ojos brillar las estrellas!...

¡Una casa en el campo, alma mía,
una casa en el campo que sea
como un nido silvestre de tórtolas
medio oculto en la verde arboleda!

SONETOS

A P A R I C I O N

No ha llegado tu hora todavía...
Su sandalia de nieve Primavera,
no llevó á tus jardines... ¡Alma mía,
abre los ojos á la luz, y espera!...

Llegará con las flores tu alegría!
Las alas de tu espléndida quimera
te arrastrarán, y un psalmo de poesía
entonará en tu honor la tierra entera!

Verás entre tus manos temblorosas
florece el milagro de las rosas;
bajo tus plantas brotarán las flores...

Y del cielo, en un rayo de la Luna,
descenderá tu ensueño, envuelto en una
túnica de nevados resplandores!

MIENTRAS CAEN LAS HOJAS

Mientras lloran las hojas lentamente,
y agoniza el crepúsculo, te escribo
este soneto, en cuyo son doliente
latir mi propio corazón percibo.

Doblo en las manos la abatida frente,
y me quedo suspenso y pensativo...
Sólo el rumor cercano de una fuente
me viene á recordar que por ti vivo.

¡Versos de Otoño! Igual que los rosales
que se deshojan á la lluvia, lentos,
van muriendo mis viejos ideales...

La noche avanza, y en su paz oscura,
vuelan á ti mis tristes pensamientos,
buscando en tu recuerdo sepultura!

ROMEO Y JULIETA

— ¡Adiós, mi vida!... Su fulgor rosado
la aurora, desde Oriente, nos envía...

— Es la Luna que vierte todavía
sobre el jardín su sueño plateado.

— Hasta el cielo, su vuelo ha levantado
la clara alondra, saludando al día...

— No, es la alondra quien canta, vida mía!...
El ruiseñor, que trina en el granado! —

De amor Julieta desfallece y llora...
Morir su cuerpo tembloroso siente
entre los brazos del amado preso...

Calla la alondra en el azul... La aurora
enrojece de amor en el Oriente,
al escuchar las músicas de un beso!

P O S T U M A

Le dije al corazón: — Llegó tu hora.
La tierra abierta y silenciosa espera;
gime un responso, y lenta y plañidera
en el ocaso, la campana llora.

Bajo la tierra, al beso de la aurora,
al florecer la nueva Primavera,
se abrirá la romántica quimera
que nuestra alma y nuestra carne enflora!

Serán tus sueños luminosas rosas;
y cuando con sus manos temblorosas
ella las corte para su tocado,

al morir de placer en su cabello,
le dará su perfume todo aquello
que tú soñabas darle y no le has dado!

EL ALMA DE LA FUENTE

En el azul del claro firmamento
la luz se va apagando lentamente,
como el rumor de una lejana fuente
que en la calma nocturna agita el viento.

Se ha perdido la voz, pero el acento
temeroso y fugaz, la balbuciente
palabra de dolor, eternamente
en mis oídos resonar la siento.

Es un grito, un suspiro, toda el alma
que desfallece, que se va y nos deja
solos, en medio de la noche en calma,

y, temblando, resurge nuevamente
en la fugaz y cristalina queja
del agua fugitiva de la fuente!

MUSICA TRISTE

Surge la voz melódica y serena...
Un recuerdo le asalta... De repente
se le ve vacilar, y nuevamente
clama de angustia y de cariño llena.

Vuelve á callar, y trágica resuena,
en un aye angustioso y balbuciente,
que se extingue en el aire lentamente,
como una larga lágrima de pena.

Igual que el grito de una alondra herida
en el sereno azul vibra su queja...

Se pierde entre sollozos y lamentos,

y naufraga, vibrando dolorida,
en un mar de rumores que semeja
una selva agitada por los vientos!

SONETOS DE AMOR

I

¡Oh, fragante visión que me provoca
á soñar una nueva Primavera!...
Sólo de ti, mi corazón espera
la última dicha que al morir invoca!...

Calma esta eterna sed que me sofoca...
¡Ven á alegrar mi hogar!... ¡Oh, compañera,
para besarte — cuerpo y alma — entera,
todo el cuerpo y el alma serán boca!...

Yo en cambio de tu amor te doy poesía;
y haré volar á ti los ideales
que hoy vagan tristes, sin nidal, dispersos...

Y acuñaré tu imagen y la mía,
para que juntas vivan, inmortales,
en el oro sonoro de mis versos!

I

En esta larga ausencia sufro tanto
que ya no sé cómo sufriendo vivo;
y no me dejan ver lo que te escribo
las nieblas fugitivas de mi llanto!...

Tu nombre vibra como un dulce canto,
á un mismo tiempo místico y lascivo...
Lo escucho de rodillas, pensativo,
y en éxtasis los ojos como un santo...

Y te miro surgir en lontananza,
ofreciendo á mis sueños la esperanza
de otros sueños más bellos, sus hermanos...

Y oigo tu voz que gime dolorida:
— ¡Ay, ten piedad de esta pequeña vida,
que tiembla de cariño entre tus manos!

III

¿Por qué morir en la estación florida
cuando la vida á despertar empieza,
si ilumina tus noches de tristeza
el santo amor de una mujer querida?

¡A un banquete de Dices te convida!...
En su cuerpo te ofrece la belleza,
y en su alma, sagrario de pureza,
todo cuanto de puro hay en la vida!

¿Por qué morir si su cariño ardiente,
donde la ciega adversidad se estrella,
te cubre el corazón como un escudo?...

Y algo me dice silenciosamente:

— ¡Porque la muerte te unirá con ella
como jamás la vida unirte pudo!

I V

Si estas luchas internas y sombrías
de mi carne y mi alma conocieras,
de espanto y de terror palidecieras,
y hasta quedarte ciega llorarías!

Mis pensamientos van como jaurías
persiguiendo la presa en sus carreras,
y se destrozan, tigres y panteras,
por devorar mis pocas alegrías!..

¡Oh, tu recuerdo, la visión radiosa
hecha de nieve y pétalos de rosa!...
Cuando de mi memoria te levantas

se apacigua el furor de mis pasiones,
y mis tigres más fieros, mis leones,
humildes llegan á besar tus plantas!

LA CARAVANA DE MIS BESOS

El desierto es incendio funerario.

Ruge el león de hambre en las cavernas,
y entre nubes de púrpuras eternas
tiende sus áureas flechas Sagitario.

En la giba dorsal del dromedario
que lento mueve las vellosas piernas,
soñando con las húmedas cisternas,
avanza el beduino solitario.

¡Oh, fuente de frescura apetecida!...
Dejando rastros de su sangre impresos
sobre la ardiente arena enrojecida,

bajo un sol lujuriente que sofoca,
cruza la caravana de mis besos
buscando las cisternas de tu boca!

NUESTRA SEÑORA DEL ENSUEÑO

Más que en la cárcel de la Vida, vives
vagando en los jardines del Ensueño.

Lo dicen las ojeras que ensombrecen
la luz cansada de tus ojos negros;
la enferma palidez de tu semblante;
los tímidos temblores de tu acento,
hecho para cantar, sólo en voz baja,
á seres invisibles, tus secretos;
y hasta tu planta alada y fugitiva
que apenas roza, al caminar, el suelo.

¡Amada del crepúsculo de Otoño
que presta á tu hermosura sus misterios;
en las noches de luna, en los balcones,
trémulo el labio y palpitante el seno,
esperas, con el alma toda oídos,
sentir temblar la escala de Romeo!

Yo también, soñador, busco en la sombra,
las puertas del alcázar de mis sueños.

Cruzo el verde jardín lleno de Luna.
Duerme el dragón en el umbrall... Penetro
en los viejos palacios misteriosos,
donde, bordando los nupciales velos,
las vírgenes princesas encantadas,
con las pupilas fijas en el cielo,
esperan el anillo del Esposo,
con luz y oro de la Luna hecho...

He llegado á tu estancia. Mi sortija
brilla en tus manos. El dragón ha muerto,

y al posarse mis labios en tu frente,
rompieron el encanto con un beso!

¡Ven conmigo! La noche nos atrae...
A soñar nos invita aquel sendero
de obscuras araucarias que serpea
y se pierde, entre sombras, á lo lejos...

¡Ven más allá del mundo, donde sólo
turben de nuestras almas el silencio,
el palpitar de las estrellas — flores
que perfuman el parque de los cielos —
¡á comulgar la hostia de la Luna
en el ara nupcial de nuestros sueños!

O A S I S

A FERNANDO ALMANSA

Cansado de las locas alegrías
de la vida que pasa, fatigado
del sol, de las pupilas que llamean
de amor, rendido, penetré en el claustro.

Sólo una vieja lámpara alumbraba
la dorada penumbra del retablo.
Era un cuadro borroso: todo un símbolo!
Al pie de un Crucifijo, arrodillado,
un penitente compasión pedía,
al Cielo alzando las crispadas manos,

y con los ojos lacrimosos fijos
en las pupilas del Crucificado.

Un coro de desnudas Tentaciones
hablábale al oído, acariciándolo,
con sus manos diabólicas más blancas
que el lino, limpio y puro, de los hábitos.

Y allá, al fondo, soberbias se veían
destacarse en el cielo azul y pálido,
las puntiagudas torres del convento
por un nimbo de sol iluminado.

Toda una vida de dolor y lucha
pasó por mi memoria, y fatigado
de glorias que son humo, de rodillas
dije, mis ojos en Jesús clavando:

— ¿Dónde hallará mi corazón refugio
contra las tentaciones del Pecado? —

Y pensé entonces en la obscura celda
de los antiguos y olvidados claustros;
en largos corredores, donde suenan
igual que un eco funeral los pasos;
y en esas horas dulces y tranquilas
en que los monjes, lúgubres y pálidos,
cavan su propia tumba, silenciosos,
al pie de los cipreses solitarios!

VELADAS

Á RAMÓN JIMÉNEZ LAMAR

Santa calma. Se agrupa la familia
en torno de la vieja chimenea.

La abuela, hilando el lino de sus sueños,
sacude, adormecida, la cabeza.

Ella, con el rosario entre las manos,
allá en el fondo de la estancia reza.
Sobre su falda inclinan
los niños, abrazados, la cabeza.

El viento azota las ventanas... Vibra
la lluvia en las oscuras vidrieras...

¡Oh veladas de invierno! Largas horas
de amor, junto á la vieja chimenea...

Las manos ateridas que se buscan
debajo de las túnicas se estrechan,
y el fuego del hogar, al inflamarse,
la palidez de nuestro rostro incendia.

¡Errantes peregrinos que cruzáis
el lodo de las largas carreteras;
mendigos que dormís muertos de frío
en los húmedos atrios de la iglesia;
lobas de amor que al resplandor dudoso
del mechero de gas, con mano trémula
sujetáis al viajero, que embozado,
á las caricias del hogar regresa;
huérfanos de la vida y de la muerte,
que no tenéis en vuestras horas negras
una madre amorosa que al besaros,
en su regazo, con amor os duerma!...

¡En torno de mi hogar, venid, hermanos,
y mientras fuera ruge la tormenta,
yo os leeré del misal de mis amores
las páginas más dulces y más tiernas!

Aún hay pan en la mesa... Arden las llamas,
y hierve el vino añejo en las bodegas...

¡En estas largas noches invernales,
almas dichosas de cariño ebrias,
abrid á los errantes peregrinos
de vuestro hogar las generosas puertas!

LA CANCIÓN DEL CISNE

A FRANCISCO AQUINO

— ¡Que cante! —dijeron. Su pálida frente
coronada de rosas y adelfas,
con gallarda altivez, arrogante
levantó el poeta.

Apuró de un trago su copa de vino;
se enjugó una lágrima,
y con voz vibrante recitó estos versos,
notas arrancadas del fondo del alma:

— «Oh, pasados goces,
alegres memorias

de mi adolescencia, que á lo lejos fingen
tropical paisaje que alumbró la Aurora!

¡Oh, castos delirios
de mi virgen pálida,
cuya voz amante, suspirando amores,
aún parece que vibra en mi alma!...

En mis horas de insomnio la miro,
flotante el cabello, de blanco vestida,
reclinada en la reja, esperando
la divina ilusión de la cita!

¡Oh, santas memorias
que olvidar no puedo!...
La casita abierta, como un lirio blanco,
entre los frondosos árboles del huerto!...

La reja moruna
cubierta de rosas,
donde tantas veces estreché sus manos
y besé su boca!

Sus dulces sonrisas, sus tristes suspiros,
y aquel talle esbelto, y aquel rostro pálido,
que al besarlo la luna tomaba
temblorosos reflejos de mármol!...

Sus hondas miradas...
¡Y aquellas pupilas,
que aún parece que llevo clavadas
dentro de las mías!

¡Qué larga y qué triste
la cita postrera!...
Aún lloran mis ojos y gimen mis labios
cuando la recuerdan!...

La Luna en Oriente
asomaba su disco de plata,
y las claras ondas, suspirando amores,
con besos de espuma besaban la playa.

Esencias de nardos, jazmines y rosas,
en el aire aspiraban las brisas;
y á lo lejos, velando su nido,
un enamorado ruiseñor gemía...

— ¡Adiós! ¡No me olvides! —
me dijo llorando,
con los ojos fijos, con la voz tan triste,
que mis ojos cegaron de llanto...

Y estrechando trémulo
sus manos heladas,
las llevé á mi boca; las quemé con besos,
las regué con lágrimas!...

Y ella, rodeando
con sus brazos desnudos mi cuello,
con los ojos bajos y la voz de angustia,
igual que Julieta le dijo á Romeo,

en la noche inmortal de la escala,
cariñosa y trémula
murmuró á mi oído: — No cantó la alondra...
¡Aún es tiempo!... ¡Espera!...

Dos veces de novias
se vistieron los verdes naranjos...
Y la virgen pálida se murió una tarde
mi vuelta esperando!

Del rosal, que adornaba su reja,
las últimas rosas,
cubrieron su caja... Bajo un verde sauce
cavaron su fosa!...

Desde aquella tarde
no sé cómo vivo...
La nostalgia consume mi alma
y devora mi vida el hastío!

Y tan sólo pensando en la muerte
consuelo mis penas,
porque sé que sentada en la tumba,
con los brazos abiertos me espera!...

Allí volveremos á vernos, y unidos
quedarán para siempre los cuerpos,
en un fuerte abrazo
y en un beso eternos!... —

Y mientras, borracho de pena, el poeta
su frente inclinaba
sobre un seno de rosa y de nieve,
á los dulces acordes de un arpa,

una virgen rubia, de blanco vestida,
con los ojos bajos y la voz muy triste,
entonó ruborosa y doliente
la canción del cisne!...

— El cisne cautivo desplegó las alas,
se elevó á los cielos y murió cantando...

Cuando argenta la luz de la Luna
el cristal tembloroso del lago,
envuelto en un blanco sudario de ensueño,
el cuerpo del cisne se mira flotando...
¡y aún parece que vibra su acento
con rumores de besos lejanos!...

EN ALTA MAR

A JOSÉ JESÚS GARCÍA

En ligero esquife
coronado de rosas y ensueños,
la pareja de amantes navega
por el trágico mar del misterio.

Se enciende la Luna: rosa de oro abierta
en el campo celeste del cielo...

Y á su luz resplandee el esquife,
cual si fuese hecho
con copos de nieve y plumas de arcángeles
arrojados por Dios desde el cielo!

Allá va la pareja de amantes,
dando alegres sus cantos al viento...

En sus ojos fulgura la dicha
y en sus labios florecen los besos!...

Y entre los zafiros de la mar tranquila
alegres simulan los golpes del remo,
apagados rumores de risas
y aletazos de pájaros presos...

Y detrás, solitario y sombrío,
se desliza, de sombras cubierto,
cual flotante ataúd misterioso,
un esquife negro...

Es su estela de sangre y de lágrimas...
Y semeja el rumor de los remos,
aullidos de fieras,
maldiciones de rabia y de celos...

Allá va, por el mar de la vida,
en el blanco bajel de mis sueños,
nuestro amor inmortal, dando al aire
sus himnos sonoros de amores eternos!

Dentro de la nave, con las manos juntas,
Julieta y Romeo,
como cisnes que mueren de amores,
besándose entonan
la divina canción de los besos!...

Mas detrás, solitario, navega
el esquife negro...

En su fondo, empuñando la daga
y mirando á Desdémonas, Oteló
lanza al aire, rugiendo de ira,
la canción inmortal de los celos...

Al abrir otra vez su corola
la rosa de oro que alumbra los cielos,

verá sólo un esquife vagando
errante y perdido, por el mar sereno...

Y sobre las olas
á dos cisnes muertos,
con las alas juutas, los picos unidos
y enlazados los gráciles cuellos!...

Hasta las Sirenas,
temblando de miedo,
oyen en la playa, los cantos sombríos,
que desde su esquife, rugiendo de celos,
en las noches de amores, entona
la sombra de Otelo!...

EN LA PENUMBRA

Á PEDRO BARRANTES

Mi vida es una lámpara votiva
que esparce el oro insomne de sus llamas,
al pie de la recóndita capilla,
en una vieja iglesia solitaria.

Nadie á rezar se acerca; nadie dobla
su rodilla ante el ara de esa sauta
que el polvo de los años va borrando
en la vetusta tela deslustrada,

¡Virgen de la Sonrisa, la que tiene
las manos á los cielos levantadas,
la túnica de oro y pedrería,
y el terror de la noche en la mirada!...

Todo está muerto en ella, hasta el cabello
qué pende inmóvil por la yerta espalda!...

Sólo sus labios lívidos sonríen;
y su dulce sonrisa es una lágrima
que no termina de caer, suspensa
en los rubíes de su boca pálida...

Mi vida es una lámpara votiva
que esparce el oro insomne de sus llamas,
al pie de la recóndita capilla,
en una vieja iglesia solitaria!

LOS JARDINES SOLITARIOS

Mis jardines están ebrios de flores
y sonoros de paz. Bajo la blanca
polvoreada lunar ó adormecidos
en el oro del Sol, mientras las ranas
se estremecen, las hojas centellean,
las fuentes gimen y las aves cantan,
evocan nuestro amor y se preguntan:

— ¿Dónde están los amantes que cruzaban,
como soñando, nuestras verdes sendas,
con las trémulas manos enlazadas,

y á flor de labios, deshojando á besos,
la blanca margarita de sus almas?... —

El canto de los claros surtidores
al desgranarse en las marmóreas tazas,
decir parece al viento fugitivo
que deshojando los rosales pasa:

— ¿En qué nuevo jardín, junto á qué fuente,
acarició la seda de tus alas,
las suavidades de su cabellera
en el temblor de un beso destrenzada?... —

¡Ven de nuevo al jardín, á ornar de rosas
el noble mármol de tu frente pálida!

Sueñan las avenidas con el tenue
y suave rumor de tus sandalias;
y enlazando entre hiedras sus ramajes,
la florida glorieta solitaria,

es un alcázar de silencio y sombra
que á nuestro amor, para ampararlo, aguarda!

Las fuentes dan aromas de frescura;
los ruiseñores encantados cantan,
y como lluvia celestial del cielo
flota una vaga ondulación de plata.

Todo espera, soñando, tu regreso!
Murmura el surtidor, el árbol habla;
y todo se estremece y todo llora,
mientras entre el murmullo de las ramas
el viejo Pan sobre una fuente, inmóvil,
en el silencio del jardín, desgrana
— como voz de las cosas inefables —
los sonoros temblores de su flauta!

NUEVAS RIMAS

I

Decid, cándidos lirios,
místicas azucenas,
perfume virginal de los jardines,
¿quién es la sombra que mis pasos vela?

No hay línea que dibuje sus contornos
ni existen notas que cantarla puedan.

Es música su voz, su aliento aromas
y sus ojos estrellas...

Es una sinfonía de Beethoven,
de Luna, cantos y fragancias hecha,
aún más blanca y más pura
que la misma pureza!

Tan sólo un nombre: ¡alma!,
pueden decir mis labios ante ella;
nombre cuyo sentido sólo supo
mi pobre corazón, al conocerla!

Decid, cándidos lirios,
místicas azucenas,
perfume virginal de los jardines,
¿quién es el ángel que mis sueños vela?

II

¡Tú para mí! Tus labios en mis labios,
tus brazos enlazados á mi cuello,
y todo el sueño de tu cabellera
velando la avidez de nuestros besos...

Y tus palabras para mí, llenando
de música y caricias el silencio
con tu voz, que en la tumba de mi alma,
es un ¡fiat lux! que resucita muertos.

¡Tú para mí! La vida nos ha unido
en un abrazo y en un beso eternos...

¡Ven! En las arideces de la senda,
cuando se canse de sufrir tu cuerpo,
mis brazos sostendrán tus timideces
y su almohada te dará mi pecho...

¡Ven! La noche es propicia... ¿Qué te importa
que en la tiniebla nocturnal, el miedo
haga temblar tus carnes y hasta erice
en un terror de angustia tus cabellos?...

Mi mano te guiará. Nuestro camino
será una copla eterna, y el silencio
jamás se hará á tu lado, mientras queden
cantos al alma y á los labios besos!

III

¡Volvamos á soñar! La vida pasa
desnuda por los campos soleados,
agitando su tirso floreciente
y perfumando el aire con sus cánticos.

Para copiar su imagen se detienen
las aguas en la plata del remanso;
vuelven las golondrinas para oírle,
y los yermos florecen á su paso.

¡Vida!... ¡Volvamos á soñar!... ¡Soñemos
con nuestro nuevo amor! Arde en el campo

la lujuria del sol, y se retuercen
en crispadas caricias nuestras manos;
hierven las venas y crepita el beso
como una brasa viva entre los labios...

Dobla tu blanco torso palpitante
en los temblores del supremo abrazo,
sobre la tibia carne estremecida
que palpita de fiebre entre tus brazos!

¡Volvamos á soñar!... La vida pasa
desnuda por los campos soleados,
agitando su tirso floreciente
y perfumando el aire con sus cánticos!

IV

Mi viejo corazón también florece
cuando pasa tu sombra, Primavera!...

Ultimas rosas del amor, ¿qué mano
vendrá á cortaros?... Con vosotras sueña
alguna pobre novia abandonada,
que agoniza de tedio y de tristeza,
bordando el hilo de sus sueños rotos
detrás de la florida vidriera...

Sus manos son más blancas que las rosas,
y sus ojos más negros que mis penas!...

V

¡Oh, ascéticos doctores, de pupilas
cansadas y sin luz, por el esfuerzo
de descifrar sobre los pergaminos
los vagos caracteres del misterio;

dejadme en paz, con mi locura á solas,
que más de lo que sé saber no quiero,
porque la ciencia amarga y envenena
el cotidiano pan de mis ensueños!...

Sólo anhelo aspirar el tibio aroma
de los blancos rosales del deseo,

y apurar en el cáliz de sus labios
toda su alma, trasmutada en besos!...

¡No hagas, Señor, que mi vigor se agote
y que se tornen blancos mis cabellos,
sin que contemple naufragar la tarde,
en los remansos de sus ojos negros!

VI

De la vida el voluble torbellino
me arrastra no sé dónde...

Las manos tiendo sin hallar apoyo;
auxilio pido, y á mis tristes voces
ni voz humana ni piedad divina,
ni el propio eco de mi voz respondes...

¡Pobre hoja seca que se lleva el viento
á perderse en las sombras de la noche,

¿qué planta, dime, te hollará mañana,
por esas sendas ó por esos bosques?

¿Qué estrofa ha de inspirar al poeta tísico
que al rumor de su tos, lento recorre
las largas avenidas solitarias
en donde el sol se pone,
á respirar el último perfume
de las postreras y otoñales flores?

¡Pobre hoja seca que se lleva el viento!...
¿Adónde vas, adónde?...

VII

Rasgando las tinieblas de mis noches
con su antiguo esplendor pasa tu imagen...

Hay rocío de luz en el silencio
y perfumes de besos en el aire.

¿De dónde vienes, di, de dónde vienes,
suelto el cabello y polvoriento el traje,
como una muerta que dejó el sepulcro?...
¿Qué viejo sueño á mi dolor le traes?...

Bajo el blanco misterio de tu velo,
¿qué nuevas rosas para mí se abren?...

¿Eres tú aquella que prestó á mi espíritu,
para alzarse al azul, alas de Arcángel?...

— El pasado no vuelve!, — alguien me dice,
con una voz tan honda que no sabe
mi corazón, si baja de los cielos
ó si del fondo de mi pecho nace...

— ¡El pasado no vuelve!... — Y te perdiste
en la sombra nocturna, sin dejarme
más que un poco de luz en el silencio
y un perfume de besos en el aire.

VIII

Llamó á mi puerta tu divina mano,
y fué su golpe tan callado y tímido,
que no le oí, y proseguí llorando
sobre el cadáver de un dolor antiguo.

Llamaste... No te abrieron... Y te fuíste!...
¡Pudo ser, pudo ser, pero no ha sido!

— ¡Abre, mi amor! Yo soy la que esperabas! —
Tu voz fué tan fugaz como un suspiro
que se ahogase en sollozos... Al oírla
en su interior, mi corazón se dijo;

— Es el viento no más!... El viento... Nada!... —
¡Pudo ser, pudo ser, pero no ha sido!

Y te fuiste, te fuiste para siempre
al sepulcro, á la nada ó al olvido...

Y á veces, recordando que exististe
ó pudiste existir, llorando digo,
contemplando el silencio de mi puerta,
de par en par abierta á lo imprevisto:
— Si pasó por aquí, ¿por qué no ha entrado?... —
¡Pudo ser, pudo ser, pero no ha sido!

IX

¡Señor, por las afrentas que sufriste,
por todos los dolores de tu muerte,
dame tu ayuda para que perdone
á los cobardes que á traición me hieren!

Me ven solo, clavado en el madero,
y con sus burlas á insultar me vienen!...

Su lanza clavan en mi pobre pecho,
de espinas ciñen mi sangrientas sienes!...
¡Yo, que á la tierra á consolarles vine,
que hice de mi piedad como una fuente

que á la boca de todos los sedientos
en el camino su frescura ofrece,
hoy no tengo una gota de agua para
que de mis labios el ardor refresque!

Yo, que las puertas de mi hogar á todos
abrí de par en par, y noblemente
partí mi pan y compartí mi vino,
y á manos llenas prodigué mis bienes,
hoy me encuentro tan pobre que un mendigo
compadecer esta miseria puede!...

¡Señor, sobre las cumbres del Calvario,
mientras la tarde silenciosa muere,
de tu cruz, desangrándose y desnudo,
mi débil cuerpo moribundo pende!...

¿En dónde están las almas elegidas,
las almas de las líricas mujeres,
las que á tus pies llorando se abrazaron,
que á consolarme en mi dolor no vienen?...

Sólo como un perfume de azucenas,
entre los roncós gritos de la plebe,
suelen traer las brisas á mi oído
de una voz dolorosa el eco débil,
que pregunta por mí, y en un suspiro
en las sombras se apaga lentamente...

¡Señor, por las afrentas que sufriste,
por todos los dolores de tu muerte,
dame tu ayuda para que perdone
á los cobardes que á traición me hieren!

FIN

INDICE

LUCHAS (1897-1899).

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO.....	7
La canción de mi musa.....	19
El camino.....	21
¡Adelante!.....	27
Pasionaria.....	81
Sonetos:	
La muerte de Lucano.....	43
¡Semper!.....	45
Simbólica.....	47
Nocturno.....	49
Recóndita.....	51
Primavera.....	53
Lontananzas.....	55
Nihil.....	57
Orgullo.....	61
Bohemia.....	65

	<u>Páginas</u>
Pindárica.....	71
Soledades.....	75

CONFIDENCIAS (1897-1899).

Ofrenda.....	81
Tarde de Otoño.....	83
Angelus.. ..	91
Romántica.....	97
A la luz de la lámpara.....	103
Mi sueño.....	107
Sonetos:	
Aparición.....	113
Mientras caen las hojas.....	115
Romeo y Julieta.....	117
Póstuma.....	119
El alma de la fuente.....	121
Música triste.....	123
Sonetos de Amor:	
I. — ¡Oh, fragante visión que me provoca.....	125
II. — En esta larga ausencia sufro tanto.....	127
III. — ¿Por qué morir en la estación florida.....	129
IV. — Si estas luchas internas y sombrías.....	131
La caravana de mis besos.....	133
Nuestra señora del Easueño.....	135
Oasis.....	139
Veladas.....	143

	<u>Páginas</u>
La canción del cisne.....	147
En alta mar.....	155
En la penumbra.....	159
Los jardines solitarios.....	161
Nuevas rimas:	
I. — Decid, cándidos lirios.....	167
II. — ¡Tú para mí! Tus labios en mis labios...	169
III. — ¡Volvamos á soñar! La vida pasa.....	171
IV. — Mi viejo corazón también florece.....	173
V. — ¡Oh ascéticos doctores de pupilas!.....	174
VI. — De la vida el voluble torbellino.....	176
VII. — Rasgando las tinieblas de mis noches...	178
VIII. — Llamó á mi puerta tu divina mano.....	180
IX. — ¡Señor, por las afrentas que sufriste...	182
Índice.....	185

FE DE ERRATAS

En la pág. 103, línea 5.^a, dice:

Ni el verdoso y polvoriento fondo

debe decir:

Ni en el verdoso y polvoriento fondo

ACABÓSE
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN MADRID, EN EL ESTABLECIMIENTO
TIPOGRÁFICO DE M. GARCÍA Y G. SÁEZ
EL DÍA XXV DE JULIO
DE MCMXVI

IMPRESA DE B. GARCIA Y C. PAEZ. MESON DE PANOS, 15, MADRID.